

peto que inspira y que le eximen de recurrir á las medidas extremas de rigor, malas para todos los gobiernos y malas especialmente para un príncipe que reina con el Evangelio en la mano.

¿Qué importa pues al prestigio, á la dignidad y á la grandeza del Soberano Pontífice las leguas cuadradas contenidas en Sus Estados? ¿Tiene necesidad de espacio para ser querido y venerado? ¿No son sus bendiciones y lecciones la manifestacion mas poderosa de su derecho? ¿No enseña y bendice acaso al mundo entero? La cuestion no estriba en que mande á pocos ó á muchos hombres, pues lo esencial es que tenga bastantes súbditos para ser independiente, y no los tenga en número excesivo para ser arrastrado por esas corrientes de pasiones, intereses y novedades que se producen donde hay aglomeraciones considerables.

La importancia del papa no se patentiza con las veinte y una provincias que posee en el dia. Bolonia, Ancona y Ravena, separadas de Roma por una cordillera, por el carácter de sus habitantes y por los recuerdos históricos, en nada contribuyen á que se aumente el esplendor y el poder de la Santa Sede. Lo que llama la atencion del mundo es el Pontífice imperando en Roma y viviendo en el Vaticano, y apenas se vé al soberano de los Estados Romanos.

Sin embargo, estamos de acuerdo en que si la Romanía perteneciera libremente al papa por la adhesion, la confianza y el cariño de los pueblos, como le pertenece por el derecho de la historia y de los tratados, podria considerarse como un obstáculo para él; pero los hechos prueban lo contrario. Desde los tratados de 1815 esta parte de los Estados de la Iglesia ha sufrido nada menos que veinte años de ocupacion austriaca. El Austria estaba aun en Bolonia cuando apareció en los Alpes la bandera de la Francia, y la retirada de aquella potencia acarreó la partida del legado y la caida de la autoridad pontificia, la cual no puede rehacerse ni sostenerse sin el Austria. Todo esto es por desgracia de una incontestable evidencia.

Restituyendo las Romanías al Santo Padre, no se le darían súbditos sumisos y adictos, prontos á doblegarse bajo su mano, sino enemigos de su poder, resueltos á oponerle resistencia y que solo la fuerza podia contener. ¿Qué ganaria con esto la Iglesia? Se veria obligada á ver hijos infieles en súbditos rebeldes y á escomulgar á los que debia herir, y para quedar soberana, habria de renunciar tal vez á su mas hermoso título, al de madre! No es esto lo que quiere, ni lo que quieren los obispos y los católicos. Un recobro de posesion que se comprara á costa de tales sacrificios seria un desastre y no un triunfo, pues por algunos

centenares de miles de habitantes que devolveria á la autoridad temporal del papa, descargaria á su autoridad espiritual un golpe de que solo podrian preservarla la proteccion de Dios y la prudencia de Europa."

Mas adelante trata de probar el autor del folleto que ninguna potencia puede intervenir en los Estados del papa para restablecer las Legaciones á su autoridad espiritual, y que solo un Congreso europeo puede con su influencia y sus facultades arreglar esta cuestion. Y por si pudiese caber todavía alguna duda, el autor del folleto resume su pensamiento en estas breves palabras:

"En primer lugar quisiéramos que el congreso reconociera como un principio esencial del orden europeo la necesidad del poder temporal del papa. Este es para nosotros el punto capital. Nos parece que el principio tiene aquí mas valor que la posesion territorial mas ó menos grande que será su consecuencia natural. En cuanto á esta misma posesion, la ciudad de Roma resume especialmente su importancia, y lo demás es secundario. Es preciso que las grandes potencias garanticen al Soberano Pontífice la ciudad de Roma y el patrimonio de San Pedro con una renta considerable que los estados católicos pagarán como un tributo de respeto y proteccion al jefe de la Iglesia; que una milicia italiana, escogida entre el ejército federal, asegure la tranquilidad é inviolabilidad de la Santa Sede; que una libertad municipal lata como sea posible, exima al gobierno pontificio de todos los detalles de la administracion, y constituya una parte de la vida pública local para los que serán desheredados de la vida política, y finalmente que quede desterrada para siempre del territorio gobernado por el papa toda complicacion y toda idea de guerra y de rebelion, y pueda decirse: Donde reina el Vicario de Jesucristo imperan la concordia, el bienestar y la paz."

El carácter y la gravedad de semejantes consideraciones no podian menos de causar una extraordinaria y general alarma entre los católicos haciéndoles temer por el porvenir del dominio temporal del papa. La esperiencia ha justificado por desgracia los recelos de los católicos hasta un punto que no era de esperar, pues no solo en contravencion del derecho de gentes se ha procedido á viva fuerza á ocupar parte de los dominios sujetos á la Santa Sede, sino que para conseguirlo no se ha hecho uso exclusivo de la fuerza, no se ha apelado al recurso de una guerra leal y franca; al contrario, se ha echado mano del dolo, de falsedades, de arteros engaños, de los cuales debieran estar preservados los Estados para no incurrir en la nota bochornosa é innoble de los particulares que obraron de esta suerte.

Vanos fueron y han sido todos los recursos apurados para conseguir que se desistiera de semejante camino; las pastorales enérgicas y luminosas de muchos prelados, los convincentes y lógicos escritos de hombres de gran reputación y valer, las observaciones y aun protestas de distintas potencias, los clamores de los pueblos, los temores de futuras complicaciones, todo se ha oído con afectado desden, y hasta se ha hecho desprecio de las amonestaciones amorosas, de las sentidas quejas y de las severas amenazas del Vicario de Jesucristo. A despecho de todo esto el Piamonte, prevalido del apoyo directo ó indirecto que ha encontrado constantemente en la política de Francia, no solo no se ha desprendido jamás de las Legaciones, no solo las ha incorporado oficialmente á su reino, no solo ha pretendido sancionar esta usurpación sacrílega con la ridícula farsa del sufragio universal, sino que además se ha constituido en intérprete y ejecutor de los deseos de la revolución y se deja llevar por ambiciosas miras hasta el extremo de soñar para sí la corona de rey de Italia. No contento con las Legaciones que usurpó violentamente luego que los austriacos se vieron precisados á desocuparlas para atender á las necesidades de la guerra, no contento con la Lombardia que le fué cedida por el tratado de Villafranca, no contento con los ducados italianos de que se apoderó también á la fuerza aunque disimulada por la sanción y legalidad aparentes del sufragio universal, el Piamonte ambicionó mas todavía y en alas de esa ambición se ha arrogado los dominios de Nápoles y ataca y bombardea en estos momentos la plaza de Gaeta, último reducto de Francisco II: pero antes de atropellar el derecho de gentes con la conquista de los dominios de Nápoles, conquista deshonorosa y facilitada completamente por la traición, se permitió la grave deslealtad de fingir que sus tropas se acercaban á las fronteras pontificias con el objeto de contener el ímpetu de los revolucionarios, siendo así que las tropas piamontesas iban á reunirse, y se unieron efectivamente á los revolucionarios para atacar las Marcas y la Umbría. Posteriormente se ha dicho en alta voz que los piamonteses iban á dirigirse á Roma; se ha dado por designada la división que debía encargarse de la realización de este pensamiento; casi se ha señalado el día y el momento de llevarlo á término; sin embargo no se ha hecho así.

Hé aquí pues las circunstancias en que se encuentra actualmente el poder temporal de la Santa Sede: semejante situación no es ni puede ser definitiva. A la Providencia le sobran medios para restablecer las cosas á su estado normal en menos tiempo de lo que pueden calcular los hombres; por nuestra parte confiamos plenamente que el dolo-

roso espectáculo que ofrecen ahora los Estados Pontificios desaparecerá cuanto antes, porque así lo exige la lógica de los acontecimientos; así parece disponerlo el carácter providencial de la conservación del poder temporal del papa por espacio de muchos siglos, á despecho de las multiplicadas y terribles vicisitudes por las que ha tenido que pasar. Con todo no nos hacemos ilusiones; en el orden puramente humano la situación del papa es efectivamente crítica y apurada; el papa no puede contar con sus propias fuerzas; en el estado presente de los adelantos militares han de fracasar precisamente los esfuerzos de un monarca cuyos medios de defensa distan mucho de poder competir con los de sus enemigos. De un modo incompleto, único que cabe en un soberano que no tiene la guerra por máxima ni por costumbre, Pio IX habia tratado recientemente de reorganizar su ejército, de poner en estado de defensa sus fronteras y tomar en caso necesario una honrosa defensiva; pero lo incompleto de todos estos recursos ha hecho que á pesar del prestigio de un general como Lamoriciere y del heroico comportamiento de las tropas pontificias, se malograsen todos los esfuerzos intentados y puestos en práctica para rechazar á los piamonteses. Es probable por lo tanto que si con iguales condiciones, únicas asequibles al papa, volviese á probarse fortuna en el campo de batalla, el resultado sería el mismo.

Tampoco puede el papa contar, á lo menos por ahora, con el auxilio material de las potencias católicas, porque de estas algunas han desaparecido como cuerpo de nación, otras tienen mucho que hacer para guardarse de los peligros que la cercan, y la que, como Francia, pudiera casi por sí sola desvanecer los conflictos en que se encuentra el gobierno temporal del Sumo Pontífice, no parece decidida sino á obrar en sentido contrario. Al espresarnos en estos términos juzgando por todas las razones aparentes; juzgamos por el espíritu y la letra de los folletos que con carácter semi-oficial se han publicado; juzgamos por la política incierta y contradictoria que sigue Napoleon, presentándose por una parte como defensor del papa por la respetable guarnición francesa que tiene en Roma, y por otra siendo el constante aliado y el amigo fiel del Piamonte á despecho de los ataques que esta nación dirige contra los dominios del papa, poniéndose en abierta lucha con respetables tradiciones religiosas, con los capitales principios del derecho, con las mas conocidas y sagradas exigencias de la justicia, y hasta con las naturales consideraciones de la lealtad y del honor nacional.

Ya hemos dicho empero que confiado muy poco ó nada por parte de los hombres, confiamos mucho en Dios. La misma facilidad inconcebible con que está llevando á cabo escandalosas conquistas un pigmeo á quien ha hecho grande la escoria de la revolucion que se le asocia, nos dá una idea de lo inseguro de esos triunfos de que algunos hacen tan vano como infamante alarde. Los actuales sucesos de Italia envuelven una série de incalificables injusticias; solo cuando se haya borrado todo recuerdo de la justicia, podremos dudar de que sufran su castigo severo los que viven de la injusticia.

Verdad es que el año de 1861 empieza al parecer con síntomas de paz; pero esa paz es inconciliable con la protección dispensada y que se pretende sin duda dispensar á los instintos revolucionarios. Tal vez, y sin tal vez, en esta transaccion pacífica se reserva al papa el papel de víctima; las circunstancias pueden llevarle desgraciadamente á tal punto; no será esta la primera vez; pero tampoco será esta la vez primera que sobreponiéndose la Santa Sede á toda clase de persecuciones y conflictos reaparezca mas bella y grande que nunca, para ser, como ha sido siempre, la esperanza de los oprimidos, el áncora de la civilizacion, la custodia del derecho público, el paladin de los pueblos y la depositaria de los sagrados é invariables principios en que descansan las nacionalidades. Así lo esperamos, así lo creemos, y así deben creerlo y esperarlo todos los que se precien de sinceros católicos.

APENDICE.

A propósito nos hemos concretado, en la parte de esta obra que concierne á los hechos contemporáneos, á la simple narracion de los sucesos, porque teníamos la idea de completarla con la coleccion de los escritos mas notables publicados en defensa del poder temporal de la Santa Sede. En esta coleccion deben tener natural y preferente cabida los dos folletos de los cuales ha tomado especial origen esta controversia, folletos tanto mas notables en cuanto la opinion pública en Francia y en todo el mundo les ha dado un carácter oficial á pesar de las negativas del *Monitor* y de los periódicos semi-oficiales del vecino imperio. En esta coleccion de escritos encontrarán nuestros lectores magníficamente resumidas las poderosas é irrefutables razones que en defensa del poder temporal de la Santa Sede han emitido los prelados y publicistas de mas fama en nuestros dias.

EL

EMPERADOR NAPOLEON III Y LA ITALIA.⁽¹⁾

I.

Al ver cuán vivamente llama la atención pública la cuestion de Italia, todo el mundo pensará con nosotros que es

(1) A principios de 1859 causó notable sensacion en Francia y en casi toda la Europa la publicacion de este folleto en que se trata